

Ensayos

De la generación *Baby boom* a la generación *Aging boom*.

La paradoja de la vida biológica exponencial sin la promoción de una educación ética exponencial

From the Baby Boom Generation to the Aging Boom Generation.

The Paradox of Exponential Biological Life without Fostering Exponential Ethical Education

Carlos Pose

Universidad de Santiago de Compostela

Resumen

El ensayo aborda el fenómeno conocido como la generación *Baby boom*, una explosión demográfica a nivel mundial que tuvo lugar entre 1946 y 1964. Los primeros miembros de esta generación alcanzaron la mayoría de edad en la década de los 60, una época de importantes eventos socioculturales que los marcaron. A pesar de vivir una época de creciente prosperidad social y económica, muy prometedora, las mejoras esperadas no llegaron a alcanzarse. Por eso, la ficción de prolongar la vida exponencialmente choca de raíz con la falta de educación ética exponencial. Es la paradoja que vive hoy nuestra sociedad: el pensar que las soluciones para satisfacer las necesidades de una generación que actualmente está en edad de jubilación (generación *Aging boom*) pueden proceder únicamente de la ciencia médica mediante lo que Aubrey de Grey formula como "revertir el envejecimiento mediante la reparación de daños moleculares y celulares".

Palabras clave: *Baby boom*; *Aging boom*; Aubrey de Grey, cantidad de vida, calidad de vida, educación ética

Abstract

The essay addresses the phenomenon known as the Baby Boom generation, a worldwide demographic explosion that took place between 1946 and 1964. The first members of this generation became of age in the 1960s, a time of important socio-cultural events that shaped them. Despite their living in an era of growing social and economic prosperity, which held great promise, the expected improvements were not achieved. Thus, the fiction of prolonging life exponentially clashes with the lack of exponential ethical education. This is the paradox of society: the idea that the answers to the needs of a generation that is now of retirement age (Aging Boom Generation) can come only from medical science through what Aubrey de Grey formulates as "reversing aging by repairing molecular and cellular damage".

Keywords: *Baby boom*; *Aging boom*; Aubrey de Grey, lifespan; quality of life; ethics education

Entre los años 1946 y 1964, aproximadamente, se produjo una explosión de la natalidad que, por su excepcionalidad y envergadura, cobró nombre propio: la generación *Baby boom*. Eran los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Aunque las fechas, el contexto demográfico y los identificadores culturales pueden variar ligeramente, se trata de un fenómeno global, una onda expansiva que se extendió a todo lo largo del planeta.

La mayoría de edad de los primeros miembros de esta generación, alcanzada a partir de la década de los 60, coincidió con la sucesión de varios acontecimientos socioculturales de carácter histórico. Tales fueron la Revolución cultural china, que se inició en 1966 y duró una década, o el Mayo del 68. Esto les marcó para siempre y en torno a ello se fue creando una cierta retórica que los identificó como el grupo contracultural de los años 60 y 70.

Sobre todo en Europa y Norteamérica, la generación *Baby boom* también se benefició de una época de creciente prosperidad social (libertades, derechos civiles, etc.) y económica (subsidios estatales generalizados para vivienda y educación, etc.), lo que provocó la esperanza de un mundo mejor.

Esta mejora, sin embargo, no llegó por vía puramente económica, social o cultural. O al menos no llegó satisfactoriamente y tal como se esperaba. La prensa y la televisión no paran de decirnos que cada vez se consumen más ansiolíticos, y que las personas mayores se sienten solas. Por lo tanto, hace falta el conocimiento de la ciencia y de la técnica para colmar el vacío de una generación que está hoy en edad de jubilación, y por supuesto, de las venideras. Estamos en la década de los 20 del siglo XXI. ¿Qué le podemos ofrecer a esta generación? “Revertir el envejecimiento mediante la reparación de daños moleculares y celulares.” Así reza el capítulo de Aubrey de Grey, de la SENS Research Foundation, Mountain View, California, EEUU, del libro colectivo *El próximo paso. La vida exponencial*.

El título del capítulo es claro. En primer lugar, no va dirigido a jóvenes, o incluso a no tan jóvenes, sino a las personas que ya han envejecido. Por eso se trata, en segundo lugar, de “revertir”, no de prevenir o cuidar. ¿Por qué? Según explica el autor del citado capítulo, desde los albores de la medicina, el envejecimiento ha sido el principal desafío de la comunidad médica. Sin embargo, los tres enfoques empleados para superarlo — tratar factores de mala salud relacionada con la edad como enfermedades curables, hacer extrapolaciones a partir de diferencias entre especies en cuanto a tasa de envejecimiento, y emular la prolongación de la vida que provoca el ayuno en especies de vida breve— han fracasado. Por eso la SENS Research Foundation encabeza una “cuarta edad” de la investigación del anti-envejecimiento. Se trata de un nuevo enfoque del tipo “divide y vencerás” a la hora de devolver a un cuerpo la estructura molecular y celular de un adulto joven, posponiendo así en gran medida todos los síntomas asociados a las enfermedades y a la discapacidad en la vejez.

Es cierto que desde el punto de vista científico-médico el control del envejecimiento es probablemente el sueño más antiguo de la humanidad, y desde luego su principal problema ahora mismo. Sin embargo, según Aubrey de Grey, los progresos obtenidos son pobres. De hecho, dice, la historia de los intentos por controlar el envejecimiento constituye una sucesión de pasos equivocados, de enfoques mal orientados y (en

retrospectiva) erróneos, que nunca tuvieron posibilidades de éxito y que pueden resumirse con tres palabras: enfermedad, designio y privación. Y lo peor es que ni siquiera han sido secuenciales; los primeros han sobrevivido a la llegada de los siguientes.

Lo que aquí nos interesa es fijar la atención en lo que Aubrey de Grey denomina “la cuarta vía: reparación de daños”. Porque las cosas están cambiando. La Fundación de Investigación SENS (conocida así por sus siglas en inglés: “Senescencia Negligible Ingenierizada”; pero denominada también para los legos “biotecnología del rejuvenecimiento”) ha hecho muchos progresos en este campo. Se trata, se dice deliberadamente y sin ambigüedad posible, de la aplicación de terapias biomédicas con el objetivo de convertir una población que experimenta un nivel de senescencia no negligible en una que experimenta un nivel negligible. Según Aubrey de Grey, a la mayoría de las personas este objetivo, la eliminación exhaustiva de la degeneración relacionada con la edad, les parecerá disparatado. Sin embargo, existen buenas razones, dice, para pensar que puede ser algo más fácil de conseguir que una simple desaceleración del proceso de envejecer, de manera que el aumento de mortalidad relacionada con la edad descienda y la vida humana se alargue modestamente.

Un buen ejemplo puede ahorrarnos ahora la tediosa, prolija y técnica descripción del proceso de rejuvenecimiento mediante la reparación del daño producido a un ritmo tal que asegure que el funcionamiento del cuerpo no se pone nunca en peligro y nunca de manera irreversible. “Los vehículos a motor experimentan un proceso de desgaste por el uso similar en esencia al del envejecimiento de los organismos: la pintura se descascarilla, los cristales de las ventanillas se resquebrajan, los conductos se oxidan, etc. Sin embargo, como muy bien saben los dueños de coches antiguos, es completamente posible mantener uno operativo, prístino incluso, durante un periodo de tiempo esencialmente indefinido.”

Aquí está la solución: no se trata de prevenir sino de reparar. El enfoque SENS implica identificar y reparar todo el daño acumulado durante el envejecimiento, devolver al cuerpo a su estado juvenil. Sus procesos metabólicos dinámicos revertirán a su funcionamiento normal y el riesgo de mortalidad no será mayor que el de cualquier otro individuo joven equivalente, haya vivido veinte o ciento veinte años. Es más, si nuestro inventario de tipos de daños es lo bastante exhaustivo, podemos repetir este esfuerzo con regularidad y mantenernos indefinidamente por debajo del umbral de la patología. Pero sobre todo podemos hacerlo sin una comprensión exhaustiva de los procesos metabólicos complejos que dan lugar a los daños, ni de los que conducen del daño a la patología. Solo necesitamos un inventario de los tipos de daños que existen, algo que puede obtenerse mediante una comparación entre individuos jóvenes y mayores.

Pues bien, hasta aquí, los hechos. Entremos ahora en la ficción. Porque cabe ir más allá, situándonos al cabo del siglo XXI. Tanto el diagnóstico como el pronóstico y el tratamiento de Aubrey de Grey no podían ser más esperanzadores. Resulta que la generación *Baby boom* se ha convertido en la generación *Aging boom*. Salvo algunos accidentes *in itinere*, la mayoría de las personas que nacieron entre el 46 y 64 del siglo pasado han duplicado su edad. Mi madre, por ejemplo, que fue una de las primeras de su generación (nació en el 47), fue también una de las primeras en beneficiarse de la cuarta vía puesta en marcha por Aubrey de Grey. Sobrepasa ahora los 150 años. ¡Quién lo diría hace unos años! Desde luego, no era algo que pasara por la cabeza de

cualquiera. De cualquiera que no fuera nada menos que el científico y filósofo Descartes, pues según afirma en el *Discurso del método*, “si es posible encontrar algún medio para hacer que los hombres sean comúnmente más sabios y más hábiles que han sido hasta aquí, creo que es en la medicina en donde hay que buscarlo. Verdad es, sigue diciendo, que la que ahora se usa contiene pocas cosas de tan notable utilidad; pero, sin que esto sea querer despreciarla, tengo por cierto que no hay nadie, ni aun los que han hecho de ella su profesión, que no confiese que cuanto se sabe, en esa ciencia, no es casi nada comparado con lo que queda por averiguar y que podríamos librarnos de una infinidad de enfermedades, tanto del cuerpo como del espíritu, y hasta quizá de la debilidad que la vejez nos trae, si tuviéramos bastante conocimiento de sus causas y de todos los remedios, de que la naturaleza nos ha provisto.”

Hagamos pues examen de cuál es la situación que tenemos. Desde el punto de vista sociológico las cosas no han ido a mejor porque faltan “políticas de la vejez”. Como hace ya muchos años ha afirmado Paul Paillat, “La cuestión de asegurar recursos decentes a las personas de edad avanzada, tanto si trabajan como si no, se plantea apremiante. [...] No solo queda fuera de discusión el derecho al reposo, sino que se hace indispensable asegurar una razonable protección a quienes, una vez alcanzada la edad suficiente, no puedan o no deseen seguir desarrollando una actividad”. La longevidad, o el envejecimiento tardío, ha significado, en el fondo, un aumento de la carestía de la vida. En alguna medida ha dinamizado la economía, pero a costa de hacer más costosa las cargas de las generaciones precedentes. El mercado laboral, que siempre ha estado más mal que bien, ahora encuentra el tapón de los que, pudiendo jubilarse, deciden prolongar su vida laboral habida cuenta de que se encuentran bien de salud. Mi madre misma, que ya estaba jubilada, decidió hacerse autónoma, irse a vivir a una aldea, alquilar unas tierras y cuidar unas ovejas. Dice que eso le permite sufragar algunos gastos menores, y que también ocupa el tiempo. Eso no ha gustado demasiado a una joven promesa de la aldea que se dedica, aunque más profesionalmente, a lo mismo. Espero que no acabe como los protagonistas de la película *As bestas*, estrenada hace poco y basada en hechos reales. En fin, que ni la economía, ni el mercado laboral han mejorado con la generación *Aging boom*, por no hablar de la vivienda o de las ridículas pensiones. Las nuevas generaciones lo tienen cada vez más difícil; no solo no pueden acceder a una vivienda, sino que tampoco pueden permanecer en la de sus padres, o ya abuelos o bisabuelos. Porque las viviendas en las ciudades, como se sabe, son muy reducidas, y ahora los miembros de la familia se van amontonando.

Sin embargo, no me interesa demasiado el análisis sociológico de la longevidad. Pienso sobre todo en lo que está significando la vejez desde el punto de vista práctico o de búsqueda de sentido de la vida. Debido a que, por primera vez en la historia, la tercera edad está prolongándose hasta el punto de cubrir un espacio temporal superior al de la llamada vida activa, esto plantea varios problemas. Uno, que es el que más preocupa a nuestros políticos, el de la sostenibilidad del sistema de pensiones. Dos, que es el que más preocupa a los intelectuales y en el que me quiero centrar aquí, el de la cultura de la tercera edad.

En las culturas arcaicas la estimación de los ancianos fue muy elevada. No sólo posibilitaban una herencia biológica, sino también una tradición cultural. Los ancianos eran el depósito de conocimientos. Solo una vida longeva podía proporcionar el aprendizaje y la sabiduría suficiente para posibilitar la continuidad de la vida familiar. De

ahí que el anciano fuera una figura de autoridad en las sociedades primitivas. Sin embargo, esto que parece tan admirable, poco a poco va perdiendo vigencia en Occidente (no así en otras culturas, o no tan marcadamente). A partir del nacimiento de la cultura europea, allá por el siglo VII a. C., la ancianidad va perdiendo peso. De hecho, en la Grecia clásica la juventud comienza a ser la edad de oro, mientras que la madurez o vejez pasan a ser la edad de plata y bronce. No hay más que recordar lo que dice Aristóteles en la *Ética a Nicómaco*: ni el niño ni el anciano pueden ser felices. Y ello porque la salud comienza a ser un ingrediente fundamental de la felicidad. Se trata, como se sabe, de una felicidad en buena medida natural, genética, recibida; por así decir, un don, un buen don (*eu-daimonía*).

Contra esta pérdida de valor del anciano han reaccionado algunos filósofos en el periodo helenístico. Tanto Cicerón, como Séneca, como Boecio han escrito obras sobre la vejez. Y lo han hecho siendo ya mayores. Quiere esto decir que comenzaron a vivir en sus propias carnes el deterioro de su prestigio por razones de edad, lo que hoy se llama ageísmo (la discriminación por razones de edad). Sin embargo, el resultado fue poco prometedor. Con el nacimiento de la modernidad y, sobre todo, a partir de la Revolución industrial, la degradación de la persona mayor tocó fondo. Y ello más por razones económicas que culturales. Con el advenimiento de la economía moderna, la instauración del principio de eficiencia, esto es, la búsqueda del máximo beneficio al menor coste, no hizo más que despegar. Lo que esto significó es que el trabajo en tanto que transformación de los recursos naturales en posibilidades de vida cobró una especial importancia. De hecho, un economista como Adam Smith consagró la idea de que trabajo es igual a riqueza. A partir de ahí es claro que el joven está en mejores condiciones que la persona mayor para desempeñar bien una función social. La persona mayor, más que eficiente, va siendo deficiente. No sólo no ayuda, sino que precisa ser ayudado, lo cual resta tiempo y genera gasto a la persona productiva. De ahí a la consideración de la persona mayor como un paria social hay un paso.

Son por eso muchos los que, como A. Freixas, con mejor o peor fortuna, vienen reivindicando la palabra “viejo/a” (*Yo, vieja*), en un intento por “iluminar situaciones de la vida cotidiana que creemos tan normales que no las consideramos importantes y que, sin embargo, constituyen el grueso de la discriminación social hacia las personas mayores, únicamente por el hecho de serlo”.

Lo grave del caso es que estos datos aquí apenas esbozados tuvieron una consecuencia social y cultural de tamaña envergadura. Como viene sosteniendo en los últimos años Diego Gracia, toda la formación y educación que comienza a implantarse a partir de la modernidad va dirigida al cultivo de aquellas profesiones propias de las clases activas o productivas, en detrimento claro de las clases pasivas u ociosas. Siguiendo en este punto a Hannah Arendt, afirma que la cultura occidental ha hecho con ello una opción preferencial tanto por el *homo faber* como por el *homo laborans*. Así se va creando un artificial mundo de cosas. La propia ciencia y técnica se van convirtiendo en el timón de este mundo fabril en el que el ser humano pasa a ser el producto mercantil más logrado. Su precio es el salario; su valor, su consumo. ¿Y qué hay del anciano? Como no tiene salario, porque no produce, pero sí consume, su valor es escaso. Su vida queda reducida, entonces, a disfrute. Eso es más o menos lo que significa la jubilación. Ahora bien, ¿qué puede hacer una persona así, sin capacidad de hacer aquello para lo que había sido formado, pero con capacidad para disfrutar de aquello para lo que nunca

ha sido educado? Aquí empieza a asomar el mencionado sentido de la vida del anciano que íbamos buscando.

La cultura occidental ha ido agrupando los valores culturales en intrínsecos e instrumentales, y ha hecho una opción preferencial por estos últimos, los instrumentales, los únicos que tienen valor productivo. En ellos es en el que se ha educado la generación *Baby boom*, pero que ahora se ha convertido en *Aging boom*. Esto quiere decir que ya no le resultan útiles los valores instrumentales, pero tampoco saben cómo manejar los valores intrínsecos, aquellos que tienen que ver con la verdad, la belleza, la justicia, la paz, el amor, etc. y a los cuales se podrían dedicar. Como suele decirse de los cuentos de Esopo, las cosas que empiezan aparentemente bien, acaban realmente mal. Es lo que ha ocurrido con la cultura de la vejez. Se han puesto los bueyes delante del carro. La vida exponencial de la que habla el libro *El próximo paso*, no ha estado precedida de una educación exponencial. Como escribió la antes citada Hannah Arendt en el prólogo de su libro *La condición humana*, “La Edad Moderna trajo consigo la glorificación teórica del trabajo, cuya consecuencia ha sido la transformación de toda la sociedad en una sociedad de trabajo. [Pero acontece que] la realización de este anhelo, al igual que sucede en los cuentos de hadas, llega un momento en que solo puede ser contraproducente. Puesto que se trata de una sociedad de trabajadores que está a punto de ser liberada de las trabas del trabajo, y dicha sociedad desconoce esas otras actividades más elevadas y significativas por cuyas causas merecería ganarse libertad, [...] nos enfrentamos a la perspectiva de una sociedad de trabajadores sin trabajo, es decir, sin la única actividad que les queda. Está claro que nada podría ser peor.”

Esta es la paradoja de la longevidad y de la generación *Baby boom*, que no ha sido educada para el disfrute de los valores intrínsecos propios de esas otras actividades más elevadas y significativas por las que merece la pena vivir puesto que dan sentido a todo lo que se hace. Por ello, la generación *Aging boom* no sabe vivir más que como *homo laborans*. Su segundo nacimiento, expresión que también utiliza la propia Hannah Arendt, no tiene toda la recompensa esperada. El boom de la ciencia (económica: eficiencia; médica: reparación; etc.) no ha ido acompañada del boom de la ética (prudencia, deliberación, valores, deberes, felicidad, etc.) No olvidemos que la ética nació como el saber que se pregunta por cómo se ha de vivir, cómo se ha de ser feliz en la sociedad o comunidad política. Pero su actualidad parece hoy escasa. No hay más que ver cómo la calidad objetiva de vida de las personas, que sin duda se ha incrementado gracias a la ciencia y las nuevas tecnologías, no ha ido acompañada de la calidad subjetiva de vida de modo proporcional. Por eso no se entiende que se ignore la educación en “esas actividades más elevadas y significativas” de las que hablaba Arendt, que son, en última instancia, las que dan sentido a la vida.

En definitiva, revertir el envejecimiento primero fue un sueño, después una posibilidad, y finalmente se ha convertido en una realidad. Pero ello no ha ido acompañado de una cultura del envejecimiento prolongado. Por eso no se ha resuelto, si no el primero, al menos uno de los objetivos más importantes del ser humano: la felicidad o el sentido de la vida. El disfrute de los valores intrínsecos, eso que dota de felicidad y sentido a una vida, es algo muy serio. Lo que ocurre es que se trata de un asunto que no pertenece al campo de las ciencias ni las técnicas, sino al de las humanidades. Por eso los valores intrínsecos no sólo son muy difíciles de cuantificar, sino que, además, inexplicablemente, tampoco tienen el aprecio social que merecen. Se dice por eso que

son valores inapreciables. Ello no significa, como es obvio, que no tengan precio, sino que su valor es tan alto que no obedecen a la lógica del mercado o del marketing. De hecho, el intento de comprarlos o venderlos constituye una de las mayores perversiones morales del ser humano.

Bibliografía

- Arendt, H. (2009). *La condición humana*. Paidós.
- Aristóteles. (1977). *Ética a Nicómaco*. Gredos
- Descartes, R. (1985). *Discurso del método*. Austral.
- Freixas, A. (2021). *Yo, vieja. Apuntes de supervivencia para seres libres*. Planeta.
- Gracia, D. (2019). Por una cultura de la vejez. *Academia de Ciencias Morales y Políticas*. (Sesión del día 21 de mayo de 2019).
- Grey, A. de (2017). Revertir el envejecimiento mediante la reparación de daños moleculares y celulares. En: VV.AA. *El próximo paso. La vida exponencial*. BBVA.
- Miah, A. (2012). Cuestiones éticas derivadas del mejoramiento humano. En: VV.AA. *Valores y ética para el siglo XXI*. BBVA.
- Paillat, P. (1971). *Sociología de la vejez*. Oikos-Tau Ediciones.